

Adolescencia, socialización y cannabis

Dr. Josep M^a Fericgla



FUNDACIÓ JOSEP M. FERICGLA
Societat d'Etnopsicologia Aplicada

Adolescencia, socialización y cannabis

Dr. Josep M^a Fericgla



FUNDACIÓ JOSEP M. FERICGLA

PARA EL ESTUDIO CIENTÍFICO DE LOS ESTADOS DE CONCIENCIA Y EL DESARROLLO ARMÓNICO DEL SER HUMANO

Artículo aparecido en el núm. especial de la revista Cáñamo,
octubre 2013, Barcelona

El consumo de cannabis en la adolescencia y la primera juventud es una realidad en expansión que, desde hace décadas, forma parte de nuestra cultura occidental actual. No obstante, prácticamente no existe una socialización organizada, armoniosa y razonable para aprender a consumir psicotopos, no solo cannabis. Y prohibirlo es algo tan perverso como lo fue, por ejemplo, la prohibición católica de practicar sexo fuera de la estricta reproducción de la especie.

Así, el consumo de cannabis es un hábito históricamente nuevo que aun carece de la profundidad histórica que tiene, por ejemplo, tomar bebidas alcohólicas. Hasta mediado el siglo XX, eran los padres o los padrinos quienes enseñaban a los adolescentes a ingerir alcohol, los usos adecuados y los peligrosos, los tipos y calidades de alcohol, los momentos propicios y los inadecuados, cómo combatir las dolorosas consecuencias de un exceso de ebriedad y un largo etcétera que incluso forma parte de nuestra historia sagrada. No en vano, cuando Noé atracó el Arca y abrió las compuertas tras remitir las aguas del Diluvio, lo segundo que hizo fue encargar a sus tres hijos que sembraran vides para poder elaborar vino. Lo primero fue agradecer a Dios por su vida salvada.

Pero también el aprendizaje culturalmente organizado referido al consumo de alcohol casi ha desaparecido. Los adolescentes de hoy beben menos que hace quince años, saben mucho menos de bebidas alcohólicas que una generación atrás pero se emborrachan mucho más y peor, y además consumen cannabis.

Recojo algunos datos para dibujar un escenario de cierta precisión referido al consumo de psicotropos entre nuestros adolescentes.

Según datos recientes del Observatorio Español Sobre Drogas, por tanto datos conservadores y de dudosa exactitud (a pesar de ello, los más fiables), el inicio del consumo de cannabis se sitúa hoy un poco antes de los 18 años —el consumo de tabaco y de alcohol empieza a los 16. Estas edades promedio referidas al inicio del consumo de embriagantes, con muy pe-

queñas variaciones, se han mantenido en los últimos 15 años. En cambio, prácticamente se ha doblado el consumo juvenil de cannabis en esta última década y media.

Es decir, no se empieza a consumir cannabis antes, pero sí se consume más y más potente. Lo mismo sucede con otros embriagantes. Por ejemplo, el año 1998, el 75% de chicos y chicas de 14 a 18 años, decían haber consumido alguna bebida alcohólica en los 30 días previos a la encuesta, mientras que en el año 2008 este índice había bajado al 58%. En cambio, los chicos y chicas de la misma edad que en el 1994 afirmaban haberse emborrachado más de una vez era del 21%, en tanto que en el 2008 ascendió al 49% ¡más del doble! Es decir, entre los adolescentes de hoy hay menos que consuman alcohol pero lo hacen de forma más extrema y descontrolada.

Si revisamos algún dato referido al cannabis, descubrimos que el año 1994, el 18% de los adolescentes decían haber consumido cannabis en los últimos doce meses previos a la encuesta, mientras que en 2008 los consumidores recientes habían subido al 31%. Y durante los 30 días previos al estudio sociológico, en 1994 era el 13% de los jóvenes de 14 a 18 años los que habían consumido, mientras que en 2008 este índice subió al 20%. Se trata, por tanto, de un consumo más regular y más intenso.

Por otro lado, muchas de las variedades cannábicas que hoy se consumen, producto de hibridaciones y de ingeniería genética, tienen una potencia embriagante tremenda comparada con las plantas de cultivo tradicional, lo que dibuja un panorama un tanto desasosegante. Repito: entre nuestros adolescentes parece haber menos consumo de alcohol pero muchas más borracheras que hace quince años, y se consume casi el doble de cannabis y de mucha más potencia.

Otros datos puntuales para acabar de dibujar el escenario. La mayoría de los consumidores de cannabis son varoncitos (el 30% de los chicos dicen haber fumado o fumar, frente al 18% de las chicas, mucho más ordenadas) y, para acabar con las cifras, en 2008 el 30% aproximado de la población

española había fumado cannabis, como mínimo alguna vez (en tanto que en 1995 solo era el 14%). Si un tercio de una sociedad realiza una misma acción, así sea esporádicamente en algunos casos, los antropólogos lo consideramos un rasgo distintivo de una sociedad (y hablando de Autonomías, los más consumidores de cannabis son los catalanes –más del 12% de la población-, seguidos de gallegos y navarros –el 11% de la población- y de los vascos).

Ahora viene la segunda parte del tema. Todo rasgo cultural requiere un proceso de aprendizaje o de aculturación. ¿Cómo, cuándo, de la mano de quién y mediante qué vía aprenden nuestros adolescentes a consumir cannabis?

Hasta hace dos generaciones, aproximadamente, la familia era el marco encargado de transmitir la mayor parte de valores culturales: idioma, gestión emocional, uso de embriagantes, sexualidad, hábitos sociales, estilo dietético, formas de subsistencia y todo lo demás. La Iglesia católica era la responsable de la socialización religiosa de los niños y el Estado de la escolarización y la militarización.

Poco a poco, el terrible y depredador Gran Hermano –el Estado– ha ido copando espacios de socialización cada vez más íntimos: el civismo, el ocio y las relaciones intrafamiliares, las relaciones entre sexos o la ideología. Es el Estado, no la moral religiosa ni la tradición familiar específica, quien hoy marca rígidamente –e interfiere incluso– la manera en que un padre debe educar a su hijo y cuidar de sus ancianos progenitores. También es el Estado quien se atribuye el monopolio de la socialización del funcionamiento mental y de la consciencia, aprobando, por ejemplo, ciertos psicotropos y prohibiendo otros, aceptando o no técnicas extatogénicas, legalizando o prohibiendo determinadas líneas médicas y medios de vehiculación simbólica, etcétera.

¿Cómo socializa el Estado ámbitos tan íntimos como la educación emocional o la experiencia de la ebriedad? Simplemente, no los socializa. Se limita a dejar que sea la responsabilidad individual quien se encargue de ello, poniendo límites según los intereses del propio Estado no según el bien de los individuos, aunque esta sea la excusa permanente.

Así pues, ¿qué esfera de la naturaleza humana queda como objeto de una socialización normal por parte de la familia? La consciencia, las emociones, la sexualidad y poco más. Incluso, aprender a gestionar la intimidad y las emociones, algo reservado a la familia, está siendo pasto de esta plaga que son las redes sociales y los dispositivos móviles, estúpidamente presentes en todo lugar y momento.

Resulta que el problema para una correcta socialización del cannabis es gigantesco y se resume en un doble campo: a) la prohibición, que convierte el consumo en algo anómalo —aunque en España haya grietas para un consumo no castigado— y tal carga política es causa de que, por ejemplo, las investigaciones científicas que demuestran el peligro real del consumo de cannabis en adolescentes sean tomadas más ideológicamente que como información ecuánime (por ejemplo, el estudio longitudinal del Inst. de Psiquiatría del King's College de Londres, que evidenció el daño que causa en la inteligencia el consumo de marihuana durante la adolescencia), y b) que los adolescentes consumen a escondidas de los padres, quienes serían la figura óptima para enseñarles a consumir. Incluso los adolescentes consumidores de cannabis hijos de padres también consumidores, suelen esconder su hábito por tratarse de un elemento que genera grupalidad e identidad juvenil.

Para concluir, pues, así como el consumo de cannabis es seguro para cerebros de más de 18 años, conlleva mucho riesgo para los cerebros adolescentes, y, vista la enfermiza postura Estatal de prohibir sin más una realidad extendida y objetiva, forzosamente queda bajo la responsabilidad de los

adultos organizar un sistema saludable de socialización juvenil. Seamos los adultos quienes nos responsabilicemos de los hábitos de nuestros hijos adolescentes, más allá de lo que el Estado asuma o no. Así pues, la pregunta (¿Quién debe socializar a nuestros adolescentes en el consumo de cannabis?) se convierte en la respuesta misma.